

La leyenda del santero de «Nuestra Señora de Gracia»

I

El cuervo le daba vueltas
a la torre de la ermita,
pasaron cuatro palomas
con sus blancas gabardinas.

Un gorrión, marrón el traje,
desde la baranda fría
del terrado, lo miraba,
pero nada le decía.

El cuervo, levitón negro
con toques de fantasía,
daba vueltas y más vueltas,
presa de monotonía.

—¡Cómo vibraba el silencio!—.
En su mirada indecisa,
presagios de mal agüero
leían las golondrinas.

La lechuza, somnolienta,
fijó sus grandes pupilas
en el vuelo acompasado
del gran maestro, cautiva
del misterio y del suspense
que acompaña a la agonía.
Como flechas, los aviones
cruzaban —y se perdían—
el horizonte celeste,
sobre una estepa amarilla,
y se alargaban las sombras
en pos de la lejanía.

El cuervo vueltas y vueltas,
el gorrión mira que mira,
la lechuza interrogante,
nerviosas las golondrinas.

II

No tocaron las campanas
a la hora de las vísperas,
permanecieron cerrados
los portones de la ermita.

Estaba triste la tarde
del mes de agosto, caía
el sol sobre los laureles
del huerto, arrancando chispas
plateadas sobre el césped,

sobre el agua cristalina
de la fuente; los cipreses,
firmes, sin una sonrisa,
al vaivén del suave aliento
de la brisa, se mecían,
mientras lloraban los campos
por mor de la despedida.

Estaba triste la tarde...
En la larga comitiva,
el abad, dos viejos legos,
el alcalde, la hidalguía
del pueblo, preocupados,
hacia «la Virgen» venían.



El pastor, Julián Benítez,
de cerca les precedía,
que fue corriendo sin tregua
para llevar la noticia,
acelerando los pasos,
congelada la sonrisa.

«A eso de las tres y cuarto
oyó una campana, henchida
de dolor, llamar a muerto
y se acercó hasta la ermita.

Halló cerradas las puertas,
no encontró señal de vida,
y temió por el santero,
Juan Conejero Gandía.

III

Llegó el abad, fray Luis Pérez,
exhausto por la fatiga
de sus cien kilos de peso
y el agobio de las prisas.

Abrió las puertas, entraron
presurosos en la ermita.
Oía a cera quemada,
a muerte también olía.

Pesaba tanto el silencio,
era tal la sinfonía
de los celestiales ecos
que el alma se embebecía
y flotaban en el aire
singulares pesadillas,
fabricadas de recuerdos
y promesas incumplidas.

Fueron prestos a la torre,
prestos subieron arriba.
-«¡Santo Dios!» -dijo el abad.
-«¡Dios santo!» -la comitiva.

De espaldas al duro suelo,
con la mirada perdida,
reposaba dulcemente
Juan Conejero Gandía.

Entre una orla celeste,
firmes, sus manos asían
un pequeño escapulario
de no sé qué Virgen niña.

Los últimos estertores
del sol, en su despedida,
daban un tono a su rostro
como de imagen bendita.

IV

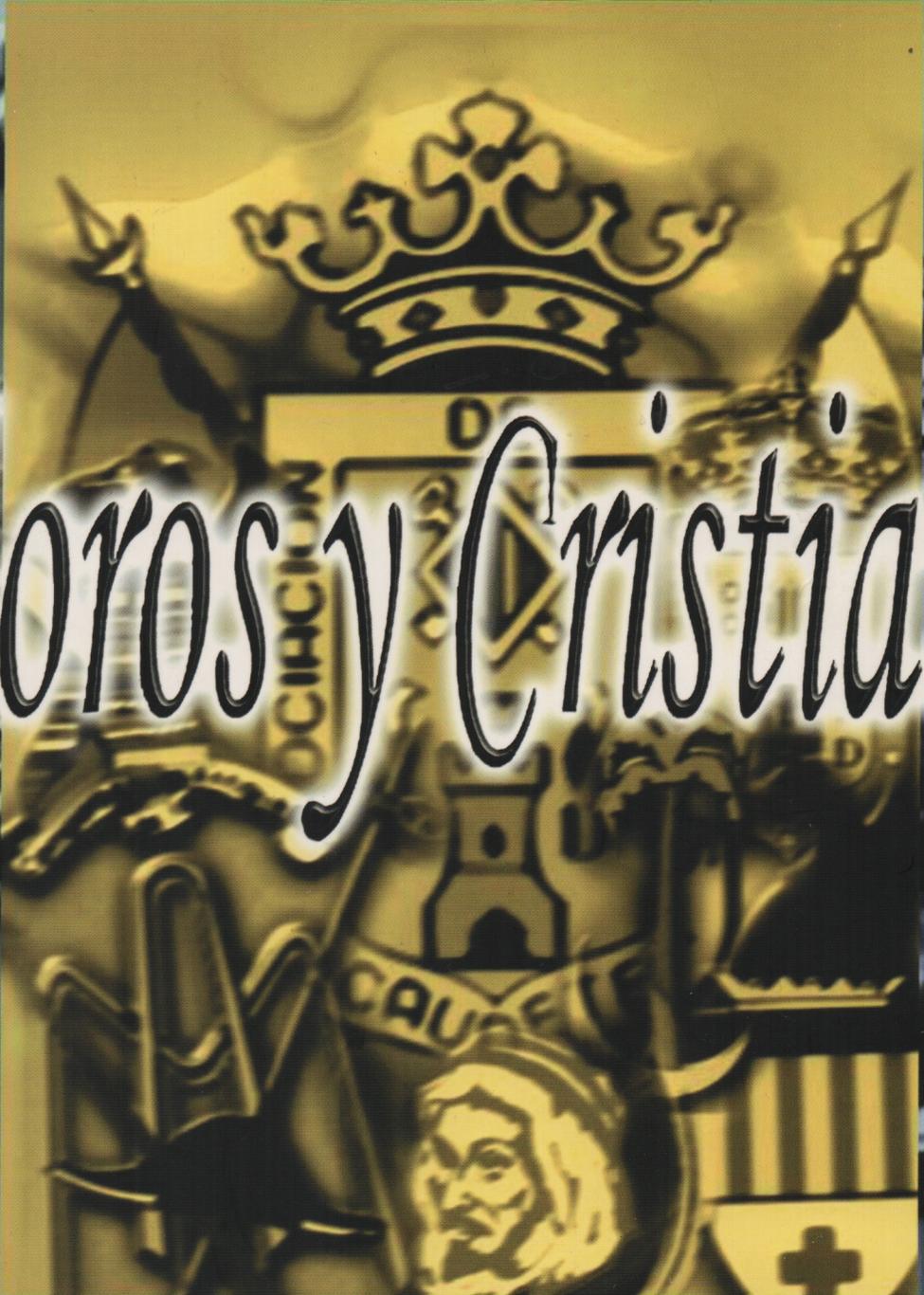
Todas las tardes, el cuervo
le da vueltas a la ermita,
pasan las cuatro palomas,
saludan las golondrinas.

Cuando tocan las campanas,
a la hora de las vísperas,
la lechuza abre los ojos,
vuela el gorrión a la cima
del altivo campanario,
se embruja la sacristía.
Cuando tocan las campanas,
a la hora de las vísperas.

José Serrano Amurrio

CAUDETE

Del 6 al 10 de Septiembre de 2002



Moros y Cristianos

En honor de Ntra. Sra. de Gracia